
ELECCIONES MUNICIPALES, PERO NO LOCALES*

Jordi Capó Giol
Universidad de Barcelona

¿Cómo enfrentarse al estudio de las elecciones municipales sin poner antes en duda la propia posibilidad del esfuerzo? ¿Es posible analizar el ámbito local —el más microscópico si se compara con otros tipos de consultas electorales— para acabar concluyendo con algunas observaciones generales que, precisamente por su significado global, de ámbito estatal, pueden hacer perder de vista lo que está en juego, es decir, una alcaldía, un ayuntamiento, distintos en cada lugar, en cada municipio?

Reflexionemos sobre el intento a partir primero de unos datos que sirven para subrayar un punto evidente: el fraccionamiento, la complejidad. En efecto, mientras que para las elecciones generales o europeas se trata de elegir un único Parlamento, homogeneizando así la campaña electoral, los líderes, los puntos de debate, las expectativas de los electores y, finalmente, sus conductas, las elecciones municipales aparecen rotas en infinitud de consultas. En España, no menos de 8.000 consultas al electorado —lejos también, por tanto, de los comicios autonómicos, que ponen en

* Una primera versión de este trabajo fue presentada en el curso «Elecciones en la España democrática», organizado por la Universidad Complutense, en El Escorial, en julio de 1990. Su redacción definitiva se realizó tan pronto se dispuso de unos resultados mínimamente fiables de las elecciones locales de 1991.

cuestión tan sólo 17 parlamentos regionales—, que tiene que elegir más de 69.000 concejales entre una multitud de candidatos y con los problemas más variopintos sobre la mesa. Allí aparecerá un plan de urbanismo como foco de atención de los ciudadanos, más allá la subida de unos impuestos, en otro lugar la mejora de las comunicaciones...

Y todo ello sin contar que los enfrentamientos partidistas no son homogéneos en las localidades porque en algunas ciudades están presentes todos los partidos significativos, mientras que en otros pueblos sólo se presentarán alguna o algunas de las grandes formaciones. Y añádase también el prestigio personal de los candidatos, capaz de romper las fidelidades partidistas de los votantes, según criterios distintos en cada ámbito municipal.

Las elecciones municipales dirigen, como es obvio, nuestra mirada hacia lo local, lo particular, lo específico..., y quizá todavía más que en otros países, porque la presencia de las diferencias regionales es tan fuerte que llega a expresarse incluso en las elecciones denominadas generales. Una regla de tres parece que podría establecerse: si en las Cortes han obtenido representación partidos nacionalistas o regionalistas como CiU, ERC, PNV, EA, EE, PAR, UV, AIT, en las elecciones municipales el rompecabezas partidista debería alcanzar todavía cotas mayores.

Todo apunta, pues, hacia la configuración de dos tipos de elecciones. Unas, estatales, políticas por definición, porque ponen en juego los grandes órganos políticos de la nación (de naciones); otras, locales, a lo mejor entendidas simplemente como administrativas por el electorado, y especialmente por los grupos de la derecha, que a menudo en las pequeñas localidades se presentarán simplemente con etiquetas de agrupaciones no partidistas.

Planteado de esta forma, el enfoque científico que requerirían las elecciones locales exigiría una doble aproximación. Por una parte, estudios de sociología electoral, centrados exclusivamente en el ámbito municipal, que buscarían la lógica de los votos en causas internas, sociales o políticas, de la localidad; por otra parte, en el plano de una reflexión más amplia, estudios sobre la *nacionalización* del voto, entendida ésta como el proceso que hace que, progresivamente, elección tras elección, los comicios electorales vayan adquiriendo una mayor dosis de politización y de esta forma puedan parecerse más (en alternativas partidistas, en temas de debate y en resultados) a las elecciones políticas parlamentarias y presidenciales (en los países donde éstas existen)¹.

Tomemos como índice de esta presencia de lo local en España la fuerza de las candidaturas no dirigidas por los partidos parlamentarios, agrupadas

¹ La primera referencia a este concepto la encontramos en A. Mabileau (ed.), *Les facteurs locaux de la vie politique nationale*, Pedone, París, 1972.

como «independientes», «otros» o «resto» en el cuadro 1. Criterios de clasificación que, debido a su procedencia oficial —del Ministerio del Interior—, no ha sido posible controlar y que resultan en algunos casos insuficientes para el análisis científico, y tanto más cuanto —y éste es un elemento que debería corregirse— los conceptos utilizados por el Ministerio no han sido muy estables, porque en las últimas elecciones municipales se ha considerado en la categoría de «resto» lo que anteriormente aparecía desglosado como «independientes» y «otros»².

De todas formas, aunque sería deseable una mejor definición de la naturaleza de las candidaturas, hay que precisar que la etiqueta «independiente» no se aleja demasiado de algunas siglas algo más politizadas, incluso a veces inscritas como partidos, como lo demuestra la evolución del registro de partidos políticos, recogida en el gráfico 1.

Así, en el año 1990 se formalizaban entre dos y siete peticiones mensuales, pero esta cifra subió a medida que se acercaron las elecciones locales. Nueve o diez partidos en los últimos meses del 90, quince en enero de 1991, diecinueve en febrero y sesenta y ocho (!) en marzo, a las puertas de los comicios³. Se trata, pues, de auténticos independientes que encuentran mayores facilidades legales para la formación de un partido que para la

CUADRO 1

Representación de candidaturas independientes y de partidos extraparlamentarios

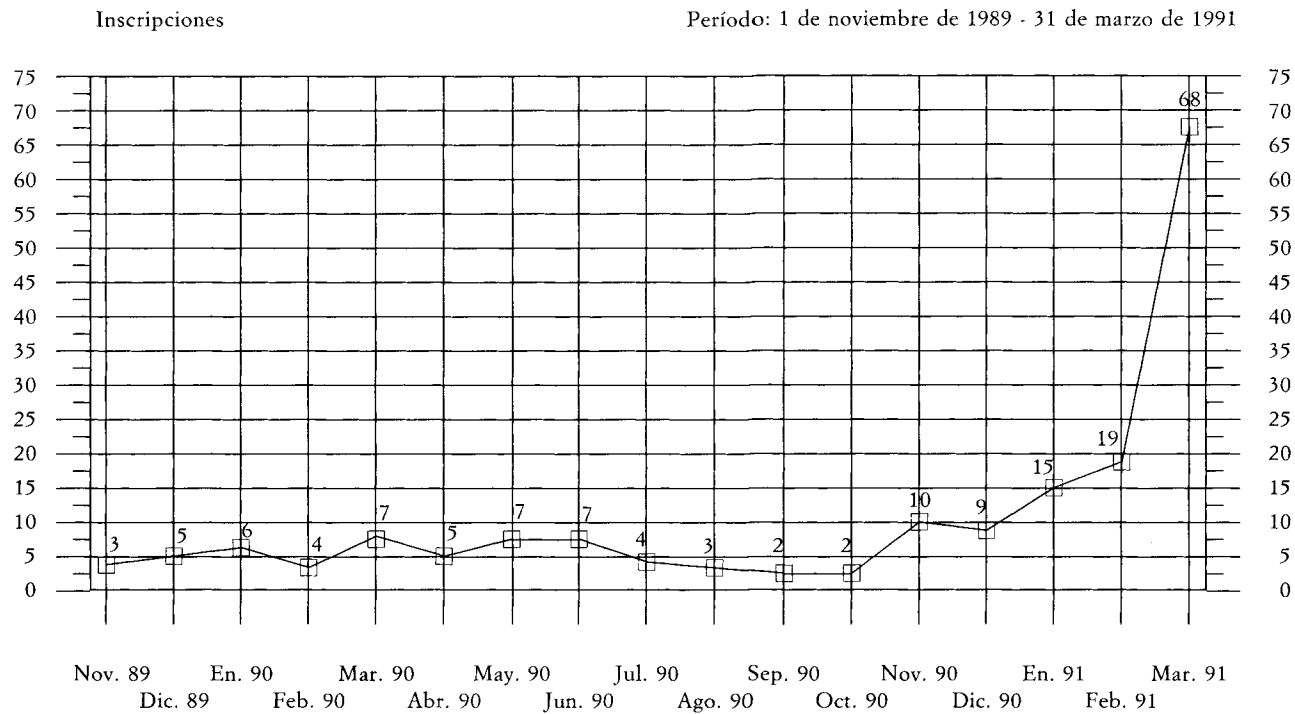
	<i>Independientes</i>			<i>Otros</i>			<i>Resto</i> ⁴	
	<i>% votos</i>	<i>Conc.</i>	<i>Alc.</i>	<i>% votos</i>	<i>Conc.</i>	<i>Alc.</i>	<i>% votos</i>	<i>Conc.</i>
1979	15,2	16.912	2.042	0,6	250	20	—	—
1983	9,9	11.820	1.496	2,4	1.496	255	—	—
1987	4,9	5.638	771	6,3	3.885	424	—	—
1991	—	—	—	—	—	—	7,6	5.816

² Los datos de las elecciones municipales proceden de la Dirección General de Política Interior del Ministerio del Interior. Las referencias a las elecciones generales se toman de los correspondientes Anuarios de *El País*. Para las elecciones locales de 1991 se trata de datos provisionales, con lo que requerirían una depuración para unos estudios más pormenorizados; sin embargo, en el nivel de este artículo, que considera tan sólo las tendencias generales, las correcciones que pudiera aportar el escrutinio definitivo no creemos que pudieran variar en ningún caso nuestras conclusiones. Se ha tomado como cifra de referencia del censo total el censo escrutado, correspondiente al 99,96 por 100 de los ciudadanos con derecho a voto, y a partir de esta cifra se han realizado los cálculos sucesivos.

³ Fuente: Ministerio del Interior.

⁴ Resto excluye a los veinte partidos más votados en toda España e incluye a los independientes.

GRAFICO 1

Registro de partidos políticos

presentación de una agrupación de electores; pero, en uno y otro caso, como independientes o como partidos minoritarios, demostración de una oferta electoral en competencia con los partidos parlamentarios estatales o autonómicos.

¿Cómo negar, pues, la importancia de lo local? En 1979, un 15,8 por 100 de los votos se escapaba a los partidos estatales o a las minorías nacionalistas que habían obtenido representación parlamentaria y, en 1991, todavía más de un millón cuatrocientos mil votos (7,6 por 100 de los votos válidos) continuaban confiando en esta representación no canalizada por las grandes opciones políticas, alcanzando casi los resultados de la tercera fuerza del país, Izquierda Unida.

Y, sin embargo, tengamos en cuenta tres aspectos para ponderar correctamente esta dimensión localista y comencemos a corregir nuestros propios argumentos. En primer lugar, la fuerza de la representación independiente queda sobredimensionada, como puede verse en el cuadro 2.

CUADRO 2

Distorsión resultados electorales y representación municipal

	<i>% votos</i>	<i>% conc.</i>	<i>% alc.</i>
1979	15,8	24,5	25,5
1983	12,3	19,2	21,7
1987	11,2	14,4	14,7
1991	7,6	9,0	?

Con el 15 por 100 de los votos puede lograrse el 25 por 100 de las alcaldías, como en 1979, y, aunque las cifras se han corregido posteriormente, siempre es superior el porcentaje de electos que el de votos. Pesa, pues, más en el total nacional la «representación» estrictamente local que la «votación» local. Si consideramos los datos de 1987, un 14 por 100 de los electos son miembros de candidaturas independientes, pero sólo un 11 por 100 de los votos.

Estas distorsiones nos encaminan hacia un segundo dato: la desigual presencia de este factor localista según el tamaño de los municipios. En realidad, las distorsiones apuntadas no son el premio al ganador que otorga cualquier ley electoral, sino el resultado de la estructura municipal de España, con abundancia de los pequeños municipios, de tal forma que las opciones vencedoras en número de votos, por dominar en las grandes ciudades, se encuentran perjudicadas en número de concejales en relación a aquellos grupos que se imponen en los pequeños municipios.

El cuadro 3 permite comprender los mecanismos gracias a los cuales se produce esta prima al localismo. En efecto, aunque la población española está concentrada en las grandes poblaciones y el 42 por 100 de los ciudadanos viven en ciudades de más de 100.000 habitantes, resulta que, paradójicamente, este mismo porcentaje de concejales —41,9 por 100— se escogen en pequeños pueblos entre 250 y 2.000 habitantes, y aun otro 14 por 100 se nombra en municipios de menos de 250 habitantes. O, dicho de otra forma, el 42 por 100 de la población más urbanizada es representada por un 2 por 100 de los ediles; un 31,9 por 100 designa a un 13,8 por 100 de los concejales, y el 26,1 por 100 que habita en pueblos y villorrios promueve al 83,9 por 100 de los representantes municipales.

CUADRO 3

Porcentajes de independientes, concejales y población según tamaño de los municipios

<i>Habitantes</i>	<i>Independientes</i>		<i>Concejales</i>	<i>Población</i>
	<i>% (a)</i>	<i>% (b)</i>	<i>% (c)</i>	<i>% (d)</i>
Hasta 250	15,6	17,0	14,3	
De 250 a 2.000	15,3	49,0	41,9	8,2
De 2.000 a 10.000	12,3	26,1	27,7	17,9
De 10.000 a 20.000	9,3	5,1	7,1	
De 20.000 a 50.000	5,1	1,9	4,8	
De 50.000 a 100.000	2,3	0,3	1,9	31,9
Más de 100.000	1,3	0,2	2,0	42,0

a=porcentaje en horizontal; *b*, *c* y *d*=porcentaje en vertical⁵.

No hay, por tanto, ningún paralelismo entre la estructura de la población y la fuerza numérica de los administradores locales y, por ello, no es de extrañar la sobrerrepresentación de aquellos grupos que, como los independientes, se imponen en los municipios pequeños o medios.

En efecto, como indica el cuadro 3, las candidaturas «locales» apenas tienen incidencia en las grandes poblaciones, que concentran la mayor parte de los habitantes de España, y, en cambio, son fuertes en los

⁵ Los datos de población proceden de J. F. TEZANOS, «Modernización y cambio social en España», en J. F. Tezanos, R. Cotarelo y A. de Blas (eds.), *La transición democrática española*, Sistema, Madrid, 1989.

pequeños municipios que no llegan a agrupar una quinta parte de los españoles.

Así, más de la mitad de los concejales independientes son elegidos en poblaciones de menos de 2.000 habitantes (49 por 100 al superarse los 250 habitantes y otro 17 por 100 en menos de esta cifra), decayendo progresivamente para representar sólo un 0,5 por 100 de los regidores de poblaciones de más de 50.000 habitantes.

Con la consecuencia de que el peso político de los independientes sólo es significativo fuera de los grandes núcleos urbanos. Únicamente en las poblaciones de menos de 2.000 habitantes, este tipo de candidaturas logra superar el 15 por 100 del total de los concejales; pero su peso en el interior de cada nivel de estratificación va cayendo regularmente: 12 por 100 entre 2.000 y 10.000, 9 por 100 hasta los 20.000 y así sucesivamente, hasta su mínimo 1 por 100 en las ciudades de más de 100.000 residentes⁶.

Volvamos, pues, a nuestro argumento. Hay una falta de nacionalización del voto, hay una representación muy localista que se escapa a los grandes partidos; pero importa señalar que éste es un fenómeno reducido esencialmente a un tipo de localidades que, aunque puedan aportar un gran número de concejales, son poco significativas desde el punto de vista de su peso demográfico. A la vez que no tendría que olvidarse que, incluso en los pueblos más pequeños, la mayoría de concejales lo son por una etiqueta partidista (85 por 100 frente al 15 por 100 expresado en el cuadro 3). En realidad, aunque no podemos dar cifras precisas al respecto, caracteriza más a los pequeños pueblos la presencia de un único partido o, lo que es lo mismo, la inexistencia de una competición bipartidista o pluripartidista que el dominio absoluto de las candidaturas independientes no partidistas.

Así, por importante que sea el localismo político municipal, éste no puede sobrevalorarse olvidando la dura competencia que tiene con la progresiva implantación partidista y su distribución geográfica, reducida a localidades de poco peso humano, aunque sobrerrepresentadas en términos de electos.

Tercer punto a destacar: la velocidad del proceso de «nacionalización». Todavía en 1965, en Francia podía contarse con un 40 por 100 de concejales «independientes», mientras que en España el dominio partidista ha sido muy superior ya desde 1979 y los resultados se han ido modificando rápidamente en favor de los grandes partidos.

⁶ Estos datos proceden de una investigación sociodemográfica sobre la élite política local que venimos realizando junto a M. Baras, J. Botella, G. Colomé. A los expertos en este tipo de investigaciones no les extrañará la existencia de algunas diferencias en los porcentajes de independientes según los datos del Ministerio del Interior y los que nosotros apuntamos, al haberse utilizado distintos criterios clasificatorios.

Las cifras de este proceso pueden verse en el cuadro 2. Se pasa de un 15,8 por 100 de los votos en 1979 a un 7,6 por 100 en 1991, y de un 25 por 100 de los alcaldes en las primeras elecciones democráticas a un 14 por 100 en 1987 (se ignoran los datos de las alcaldías de 1991 al escribir este artículo).

Elecciones municipales, sí; pero no excesivamente localistas. El dominio de los partidos se ha ido extendiendo progresivamente, y la representación independiente es un fenómeno relevante exclusivamente para unos municipios que representan una fracción reducida de la población española. Aquel problema que nos planteábamos al principio parece que puede ir despejándose, puesto que la incidencia de los factores locales no hace desaparecer la fuerza de los partidos estatales/regionales.

Sin embargo, no puede decirse que todas las incógnitas estén solventadas: la presencia de la representación partidista no nos debería hacer olvidar que ésta puede, al menos hipotéticamente, producirse con unas pautas distintas a la de las elecciones generales o autonómicas, permitiendo unos resultados que, aunque centrados en los grandes partidos, reequilibren su fuerza según el tipo de consulta nacional o municipal. Otros países han sido, por ejemplo, escenario de resultados diferentes en las consultas nacionales o locales, por lo que ha sido casi un tópico el hablar de la capacidad de gestión municipal comunista o, por extensión, de la izquierda, lo que la conducía a resultados inmejorables en el ámbito local que contrastaban con su incapacidad para vencer en los comicios políticos. Las situaciones de Francia o Italia en este sentido fueron comparadas en nuestro país con lo que ocurría en alcaldías como las de Córdoba, Sabadell o Santa Coloma de Gramanet, por citar algunos ejemplos en favor de la tesis de la disparidad entre las elecciones generales y las locales.

¿Existe, pues, en nuestro país un sistema de partidos local a contraponer a otro general/autonómico? Y, si éste es el caso, ¿cómo se interrelaciona con el anterior? De otra forma volvemos a repetir la pregunta inicial de este artículo, aunque parcialmente modificada porque implica algunas cuestiones que allí no se planteaban. Hemos localizado —permítasenos el juego de palabras— el factor más localista y lo hemos cuantificado de una manera precisa; pero tenemos que ver todavía de qué manera el rótulo «municipal» opera como un factor que modifica las relaciones entre los «grandes» para saber si realmente puede hablarse de unas elecciones locales que tengan una especificidad propia. Como se ve, estamos dando la vuelta a nuestra pregunta inicial porque allí dudábamos de la posibilidad de generalizar, dada la fragmentación de consultas, y ahora, en cambio, lo que ponemos en duda es el ámbito particular de las elecciones municipales. Con lo que se hacen evidentes los dos polos extremos desde los que puede abordarse nuestro objeto, a modo de dos posibles respuestas típico-ideales para abordar la problemática de estas elecciones.

LA ABSTENCION

Un primer parámetro revelador de las diferencias entre las elecciones generales y las municipales podría residir en que éstas fueran consideradas subjetivamente por el electorado como menos políticas, más administrativas⁷, despertando un menor interés y, por tanto, una menor participación. La comparación entre los resultados de las elecciones generales y las municipales, recogida en el cuadro 4, parece indicar la existencia de un factor desmovilizador en estas últimas. Afirmación que, realizada a partir de las cifras globales, no desmiente, sin embargo, la complejidad del fenómeno abstencionista, que si por algo se caracteriza es por la variedad de motivaciones individuales que no pueden analizarse directamente por los resultados «en bruto» (o, para hablar con mayor precisión, agregados). No

CUADRO 4

Evolución de la participación electoral

Elecciones	Generales		Locales	
		1979		1979
Censo	26.786.042		26.727.920	
Votos	18.295.818	68,30	16.740.436	62,63
Abstención	8.490.224	31,70	9.987.484	37,37
		1982		1983
Censo	26.853.909		27.634.529	
Votos	21.441.673	79,85	18.702.509	67,67
Abstención	5.412.236	20,15	8.932.020	32,33
		1986		1987
Censo	29.117.613		28.462.337	
Votos	20.487.812	70,36	19.677.332	69,13
Abstención	8.629.801	29,64	8.785.005	30,87
		1989		1991
Censo	29.460.120		30.242.631	
Votos	20.599.629	69,92	18.828.833	62,25
Abstención	8.860.491	30,08	11.413.798	37,75

⁷ El Presidente de la Generalitat de Cataluña, Jordi Pujol, en una reunión con los candidatos de Convergència i Unió a las municipales, celebrada en el Palau Blaugrana el 5 de mayo de 1991, afirmaba: «La cuestión no es haber asfaltado unas cuantas calles, éstas son unas elecciones políticas» (*El País*, edición Cataluña, 6 de mayo de 1991). La frase es reveladora porque muestra que el tono administrativo o político de las elecciones no se deriva simplemente de las consideraciones subjetivas pasivas de los electores, sino que es también el producto de unas estrategias partidistas conscientes y activas.

hay abstención, sino abstencionistas, cuyas diferentes motivaciones y el significado que otorgan a su acto sólo es desvelable mediante la técnica de los sondeos pre y postelectorales⁸. Con todo, hecha esta importante advertencia metodológica, no deja de ser visible en el cuadro 4 que las elecciones locales son menos participativas y no puede extrañar, por consiguiente, que el tipo de elección sea, en parte, explicativo de este fenómeno.

Varios son los datos que apunta este cuadro. En primer lugar, la participación electoral fue creciendo progresivamente desde los primeros comicios municipales de 1979, con un 62,6 por 100, pasando por el 67,6 en 1983, hasta llegar al 69,1 de 1987. Ello podría tomarse como reflejo de una mayor capacidad movilizadora del ámbito municipal, con una legitimidad cada día más fuerte, si no fuera que las elecciones de 1991 han desmentido esta interpretación con la caída de siete puntos en la tasa de votantes en relación a 1987. Las elecciones de 1991 se presentan, pues, como un giro importante, como un cambio de tendencia en el comportamiento electoral.

Ahora bien, esta inflexión a la baja es significativa no sólo en relación al proceso democrático local, sino también en la medida en que parece indicar una cierta autonomización del ámbito municipal en relación a las consultas electorales generales.

En efecto, la comparación con los datos de las elecciones generales sugiere que la participación en las convocatorias municipales no es independiente de lo que sucede en las nacionales. Y, a excepción de la relación 1989-1991, existe una lógica que vincula la abstención en las locales al grado de movilización conseguido en las previas generales.

Así, un primer punto parece evidente: la abstención en las elecciones municipales es siempre más alta que la de las elecciones estatales con las que se empareja cronológicamente (31-37 para 1979-79; 20-32 para 1982-1983; 29-30 para 1986-87; 30-37 para 1989-91).

Al hecho de que la abstención municipal sea siempre superior a la de la inmediata convocatoria general cabe añadir que las fuertes diferencias entre las distintas elecciones municipales parecen explicarse, en buena parte, más por fenómenos de carácter «no local» que por motivos intrínsecamente municipales.

De esta forma habría que buscar algunas razones del máximo abstencionista de abril de 1979 en la proximidad, por no decir continuidad absoluta, con las elecciones generales del mes anterior. Sería la inmediata elección general la que provocaría el incremento del abstencionismo, al

⁸ En nuestro país han puesto de manifiesto la complejidad del fenómeno abstencionista J. R. MONTERO, en «Una nota introductoria sobre los tipos de abstencionismo y la movilidad de los abstencionistas», *Estudis Electorals*, núm. 7, y «Non-voting in Spain: Some Quantitative and Attitudinal Aspects», *Working Papers del Institut de Ciències Polítiques i Socials*, 1990, núm. 2, y M. JUSTEL, «Panorámica de la abstención electoral en España», *Revista de Estudios Políticos*, 1990, núm. 68.

acumularse en pocos meses el referéndum para la aprobación de la Ley para la Reforma Política, las primeras elecciones democráticas de junio de 1977, el referéndum constitucional y los dos comicios de 1979.

Por su parte, el diferencial abstencionista entre las elecciones generales de 1982 y las de 1983 se debe al carácter excepcional de las elecciones generales, que ha sido ya señalado por Montero⁹, provocando una participación electoral que no puede tomarse —y los datos posteriores lo demuestran— como punto de referencia habitual para explicar las pautas de comportamiento electoral.

En comparación con las dos primeras elecciones municipales, tan sólo las realizadas en 1987 y 1991 presentan un carácter «normal»; no son la inmediata segunda vuelta de unas elecciones generales (como en 1979), no se producen tras una ruptura límite de los equilibrios políticos (como en 1982-83) y se inscriben en un contexto de continuidad entre distintos tipos de convocatorias.

Salvadas, pues, las dos excepciones —elecciones locales de 1979, por su carácter de segunda vuelta, y las generales de 1982, por la crisis del sistema ucedista—, la abstención entre 1979 y 1989 se mueve dentro de unas magnitudes parecidas de alrededor del 30 por 100, se trate de elecciones generales o locales. Estas últimas presentan pequeñas puntas de desmovilización, pero en unos porcentajes que no marcan en modo alguno unas diferencias notables.

Todo parece indicar, por tanto, que durante estos diez primeros años de vida democrática local las razones de la participación electoral en este ámbito no difieren y están conectadas con las que llevan a la participación en la política estatal. Desde el punto de vista del análisis del abstencionismo, durante este período resultaría seguramente difícil descubrir unos factores propios y exclusivamente localistas a este fenómeno.

Las elecciones municipales de 1991 llevan, sin embargo, a otro tipo de consideraciones. La abstención vuelve a recuperar unas cifras elevadas del 37,7 por 100, superando la máxima cota de 1979. Curiosamente, los dos momentos de récord abstencionista se producen en las dos elecciones municipales que se encuentran más cerca y más lejos de una elección legislativa: un mes para 1979 y cerca de dos años para 1991. Este fenómeno sugiere que inmediatez y lejanía con respecto a las generales son factores abstencionistas; pero a esta hipótesis, algo mecanicista a nuestro entender, se puede contraponer una explicación de otro tipo más político que sugiriera el inicio de un nuevo ciclo político menos participativo a partir de las elecciones municipales de 1991 y que debería confirmarse en las posteriores elecciones.

Obsérvese, de todas maneras, que tanto una como otra explicación tienden a vincular las elecciones locales a las elecciones generales, a poner-

⁹ J. R. MONTERO, «Elecciones “normales” y elecciones “excepcionales”: Algunos datos y factores de la movilización electoral en octubre de 1982», en *Estudis Electorals*, núm. 8.

las en relación unas con otras y a no intentar circunscribir el análisis de los resultados municipales a una política y a unos electores definidos exclusivamente por parámetros internos a su propia ciudad.

Ahora bien, los dos puntos que hemos señalado no se inscriben de la misma forma en el discurso que venimos siguiendo. La influencia de las elecciones generales en el comportamiento participativo posterior sugiere que las elecciones de alcaldes y concejales reciben unas presiones de carácter global que rompen el localismo; que permiten visualizarlas con una perspectiva estatal; que son, en el fondo, unas elecciones de Estado a realizar en 8.000 municipios y no 8.000 elecciones municipales. Sin embargo, el otro dato, el perfil más abstencionista de todas las elecciones locales, permite pensar en la variación de los comportamientos electorales partidistas, en la modificación de resultados y, de esta forma, en la configuración de un sistema de partidos que, aunque dominado por los «grandes», como hemos puesto de manifiesto anteriormente, tendría una presentación peculiar en este nivel municipal. Un análisis de los resultados partidistas se impone a partir de este momento.

PARTIDOS Y REPRESENTACION MUNICIPAL

Antes de proceder a la comparación entre los resultados de las elecciones generales y el de las municipales, como venimos anunciando, permítasenos primero hacer un comentario breve pero específico para cada elección municipal, dado que apenas se encuentran en nuestra bibliografía politológica análisis de este tipo de elecciones¹⁰. El cuadro 5 presenta los datos referidos a la primera convocatoria municipal.

Las elecciones de 1979 fueron más comentadas a partir de sus resultados «políticos» que analizadas en términos realmente electorales, si cabe esta distinción. La fuerte renovación del personal político local¹¹ y, especialmente, la existencia de pactos de progreso o coaliciones de izquierdas y fuerzas democrático-progresistas (como los que permitieron el acceso a la alcaldía de Madrid al candidato socialista Tierno Galván) significaron una ruptura importante en unas instituciones en las que la democratización se había retardado y que chocaban, en cambio, con una alta capacidad de movilización ciudadana. Todo ello contribuyó a la idea de cambio, de renovación, de victoria de las izquierdas y los demócratas «de toda la vida» (con lo que se excluiría a la UCD, con menos legitimidad democrática).

Sin embargo, los resultados electorales no son tan radicales. UCD fue la primera fuerza política con el 31 por 100 de los votos, el 43 por 100 de

¹⁰ Una notable excepción en J. CAZORLA y J. MONTABES, «Algunas claves sociopolíticas para la interpretación de las elecciones municipales de 10 de junio de 1987», en *Revista de Estudios Regionales*, núm. 24, 1989.

¹¹ J. CAPO, M. BARAS, J. BOTELLA y G. COLOMÉ, «La formación de una élite política local», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 59, 1988.

CUADRO 5

Elecciones locales de 1979

			Concejales		Alcaldes	
			N.º	%	N.º	%
Censo	26.727.920					
Votos	16.740.436	62,63				
Abstención	9.987.484	37,37				
AP/PP	513.900	3,06	2.431	3,5	203	2,5
UCD	5.247.051	31,34	30.192	43,3	3.974	49,4
PSOE	4.671.971	27,90	12.211	17,5	1.130	14,0
PCE	2.139.603	12,78	3.753	5,4	236	2,9
CiU	511.318	3,05	1.759	2,5	216	2,6
PNV	361.172	2,15	1.090	1,5	137	1,7
PSA	245.395	1,46	262	0,4	17	0,2
HB	165.569	0,98	276	0,4	8	0,1
ERC	103.684	0,61	207	0,3	22	0,3
EE	59.194	0,35	81	0,1	2	—
PAR	61.346	0,36	289	0,4	39	0,5
Otros	104.767	0,62	250	0,3	20	0,2
Independientes	2.555.466	15,26	16.912	24,2	2.042	25,3

los concejales y el 49 por 100 de los alcaldes. A clara distancia, el PSOE obtenía tan sólo el 28 por 100 de los votos, el 17,5 por 100 de los concejales y el 14 por 100 de alcaldías. Claro está que, entre éstas, las de Madrid y Barcelona y otras grandes ciudades (pero también en estos sitios la izquierda conseguía los mejores porcentajes en las legislativas).

Los demás resultados pueden verse en el cuadro, en el que puede apreciarse también la progresiva disminución entre los sufragios del PCE-PSUC y los concejales y alcaldes obtenidos, a causa de su concentración en los grandes centros urbanos, pasando de un 13 por 100 de los votos a un 3 por 100 de los alcaldes; fenómeno que, por el contrario, no se produce en Alianza Popular.

En definitiva, los treinta mil concejales ucedistas, sus cuatro mil alcaldes, a los que cabría añadir por afinidad ideológica muchos de los independientes, el 31 por 100 de los votos de esta formación no permiten comentar las elecciones municipales como una derrota estrepitosa del primer partido (otra cosa sería de los restos del franquismo) ni como una inversión de las tendencias de las elecciones generales. Al margen de los pactos, al margen de la visibilidad de las capitales provinciales y grandes ciudades, UCD era la fuerza preferida electoralmente, seguida por el PSOE y, a notable distancia, PCE, AP y algunos partidos nacionalistas.

A nuestro entender, ha sido la lectura «política» y no «electoral» de los resultados de 1979 la que ha transmitido la imagen del comportamiento diferenciado entre las elecciones generales y municipales. Sin embargo,

CUADRO 6

Elecciones locales de 1983

Censo	27.634.529	Votos	18.702.509	67,67	Concejales		Alcaldes	
					Abstención	8.932.020	32,33	N.º
AP	4.848.020	25,92	21.167	30,7	2.475	30,7		
UCD	—	—	—	—	—	—		
CDS	333.028	1,78	1.305	1,8	173	2,1		
PSOE	7.988.974	42,71	23.780	34,5	2.644	32,9		
PCE	1.500.017	8,02	2.503	3,6	174	2,1		
CiU	765.525	4,09	3.297	4,8	432	5,3		
PNV	407.798	2,18	1.322	1,9	173	2,1		
PSA	110.780	0,59	146	0,2	11	0,1		
HB	158.163	0,84	385	0,5	11	0,1		
ERC	85.198	0,45	155	0,2	14	0,2		
PAR	105.956	0,56	1.116	1,6	186	2,3		
EE	65.186	0,34	121	0,2	3	—		
Otros	465.372	2,47	1.496	2,1	255	3,1		
Independientes	1.867.985	9,98	11.820	17,1	1.496	18,6		

nada o poco hay de ello. Como acabamos de ver, en 1979 el electorado fue fiel a UCD; en 1983 se dejaría seducir por el PSOE.

Comparar las elecciones municipales de 1983 con las de 1979 casi no tiene sentido. En medio, se había producido el terremoto electoral de 1982 y la desaparición de UCD y los pocos meses transcurridos entre las generales y las municipales no dejaban mucho margen para la recomposición del sistema de partidos. Sí que importa destacar, sin embargo, la falta de resistencia de las élites ucedistas locales —recuérdese sus cerca de cuatro mil alcaldes de 1979— en formas específicas (sin descartarlas totalmente como candidaturas independientes cabe señalar, de todas maneras, la disminución de fuerza de estas últimas entre las dos convocatorias locales) porque indica, de nuevo, el influjo del factor general sobre las especificidades locales.

Ahora sí la izquierda a través del Partido Socialista resulta claramente vencedora. Este logra más del 42 por 100 de los votos y el 33 por 100 de los concejales. Lejos queda Alianza Popular, con su «sub-triunfo»¹², 26 por 100 de votantes y 30 por 100 de alcaldes. El CDS no logra recomponer el espacio centrista, con un 1,8 por 100 de votantes que le permiten el mismo número de alcaldías que al PCE, con un 8 por 100 de éstos. Otros creci-

¹² Retomo la conocida y expresiva definición realizada por J. R. MONTERO, «El sub-triunfo de la derecha: los apoyos electorales de AP-PDP», en J. J. LINZ y J. R. MONTERO, *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*, CEC, Madrid, 1986.

CUADRO 7

Elecciones locales de 1987

			<i>Concejales</i>		<i>Alcaldes</i>	
			<i>N.º</i>	<i>%</i>	<i>N.º</i>	<i>%</i>
Censo	28.462.337					
Votos	19.677.332	69,13				
Abstención	8.785.005	30,87				
PP	4.398.756	22,35	16.581	25,1	2.204	27,3
CDS	1.902.293	9,66	5.952	9,0	671	8,3
PSOE	7.229.782	36,74	23.241	35,2	2.868	35,5
PCE/IU	1.526.806	7,75	2.566	3,9	139	1,7
PTE	174.058	0,88	—	—	—	—
CiU	1.004.115	5,10	4.350	6,6	590	7,3
PNV	241.832	1,22	819	1,2	124	1,5
EA	207.054	1,05	497	0,7	42	0,5
PSA	221.825	1,12	294	0,4	19	0,2
HB	239.010	1,21	669	1,0	37	0,4
ERC	75.422	0,38	188	0,2	13	0,1
PAR	129.370	0,65	896	1,3	161	2,0
EE	107.354	0,54	157	0,2	5	—
Otros	1.253.814	4,90	3.885	5,9	424	5,2
Independientes	965.841	4,90	5.638	8,5	771	9,5

mientos de partidos regionales también pueden explicarse por la desaparición centrista.

Las elecciones de 1987 repiten la victoria socialista; aunque con menor porcentaje de votantes, puesto que el 42 por 100 de los votos de 1983 se ha reducido a un 36 por 100. De todas formas, el número de alcaldías de este partido no disminuye y el anterior 33 por 100 se ha convertido ahora en un 35,5 por 100. El PSOE gobierna con mayoría absoluta únicamente —y cabe subrayarlo— en nueve capitales de provincia; pero gracias a acuerdos con otros grupos o la abstención centrista controla todas las capitales de provincias, menos quince (normalmente, no muy pobladas).

La disminución socialista se acompaña también de pérdidas en las filas aliancistas y el CDS es electoralmente (no entramos ahora en el complejo tema de las alianzas) el partido que obtiene un crecimiento más notable, consiguiendo cerca del 10 por 100 de los votos y parecidos porcentajes en concejales y alcaldes. Las variaciones de los otros partidos pueden verse en el cuadro 7, por lo que nos excusamos de su comentario.

El cuadro 8 muestra los resultados provisionales de las últimas elecciones municipales. El Partido Socialista vuelve a renovar su victoria, con unas cifras no muy alejadas de las anteriores: pero con un cierto crecimiento, pasando de casi un 37 por 100 a algo más de un 38 por 100, lo que le supone conseguir 25.000 concejales. En segundo lugar se sitúa el Partido

CUADRO 8

Elecciones locales de 1991

Censo	30.242.631	Votos	18.828.833	Concejales	
				Abstención	11.413.798
				N.º	%
PSOE	7.214.421	38,31	24.999	38,3	
PP	4.769.550	25,33	18.803	28,8	
IU	1.579.023	8,38	2.615	4,0	
CiU	915.306	4,86	4.331	6,6	
CDS	730.941	3,88	2.904	4,4	
PA	341.191	1,81	537	0,8	
PNV	299.445	1,59	987	1,5	
HB	198.766	1,05	688	1,0	
UV	187.602	0,99	335	0,5	
AIC	140.261	0,74	281	0,4	
EA	131.367	0,69	393	0,6	
PAR	127.758	0,67	1.086	1,6	
BNG	107.925	0,57	239	0,3	
Otros (a)	435.478	2,31	1.208	1,8	
Resto	1.429.685	7,59	5.816	8,9	

a=EE, UPV, UPN, ERC, UPCA, PRC, CNG y AIPN.

Popular, también con un ligero crecimiento (tres puntos porcentuales) que le lleva a obtener cerca de 19.000 concejales.

La tercera posición corresponde a Izquierda Unida, con el 8,4 por 100 y 2.600 concejales. Sus ganancias son muy moderadas; pero comparativamente obtiene una mejor posición en los posibles pactos de constitución de los ayuntamientos por la crisis sufrida por el Centro Democrático y Social. Este queda reducido ahora al 3,9 por 100 y a menos de 3.000 electos, cuando antes rozaba el 10 por 100 y los seis mil representantes. La caída del CDS es la gran novedad de estas elecciones, acompañada de un avance de algunas fuerzas regionales en detrimento de otras. Así, el Partido Andalucista, las Agrupaciones Canarias, la Unión Valenciana o el Partido Aragonés Regionalista mejoran sus porcentajes, superando el 1 por 100 del total nacional y desbancando a otras formaciones como Euskadiko Eskerra, Eusko Alkartasuna o Esquerra Republicana de Cataluña.

Sin embargo, las elecciones no son sólo importantes por los resultados de cada uno de los partidos en el momento de su celebración, sino también por su aspecto dinámico, comparativo entre una y otra elección que permite comprender cómo el crecimiento de unos se produce a partir de los descensos de otros; es decir, cómo se compensan ganancias y pérdidas. No sólo importan los votos, sino especialmente cómo se transfieren.

Para entender estos movimientos, para entender el desplazamiento de unos partidos a otros, y el juego de la abstención en su caso, se ha elaborado el cuadro 9, que permite acercarse simplifícadamente a la comprensión de la evolución electoral entre las distintas convocatorias municipales.

CUADRO 9

Elecciones municipales. Porcentaje sobre censo

	1979	1983	79/83	1987	83/87	1991	87/91
Abstención	37,37	32,33	-5,04	30,87	-1,46	37,75	+6,88
UCD	19,63	—	-19,63	—	—	—	—
CDS	—	1,20	+1,20	6,68	+5,48	2,41	-4,27
AP/PP	1,92	17,54	+15,62	15,44	-0,18	15,77	+0,33
PSOE	17,47	28,90	+11,43	25,40	-3,50	23,85	-1,55
PCE/IU	8,00	5,42	-2,58	5,35	-0,07	5,22	-0,13
PTE	—	—	—	0,61	+0,61	—	-0,61
GiU	1,91	2,77	+0,86	3,52	+0,75	3,02	-0,50
PNV	1,35	1,47	+0,12	0,84	-0,63	0,99	+0,15
EA	—	—	—	0,72	+0,72	0,43	-0,29
PSA/PA	0,91	0,40	-0,51	0,77	+0,37	1,12	+0,35
HB	0,61	0,57	-0,04	0,83	+0,26	0,65	-0,18
ERC	0,38	0,30	-0,08	0,26	-0,04	0,30	+0,04
EE	0,22	0,23	+0,01	0,37	+0,14	0,23	+0,14
PAR	0,22	0,38	+0,16	0,45	+0,07	0,42	-0,03
Otros	0,38	1,68	+1,30	4,40	+2,72	3,12	-1,28
Independientes	9,56	6,75	-2,81	3,39	-3,36	4,72	+1,33

Entre 1979 y 1987, controlada la variable abstencionista, que por su disminución progresiva no puede servir de refugio a los electores de la extinta UCD, los movimientos electorales —tomados, eso sí, en sus grandes magnitudes— demuestran la partición del electorado centrista en 1983 en un grupo de nuevos votantes socialistas y otro aliancista y, en 1987, la recuperación de un espacio centrista, liderado ahora por el CDS, en detrimento de estos dos grandes grupos y, especialmente, el socialista.

Este espacio centrista se diluye de nuevo en 1991 con pérdidas directas del CDS hacia los otros partidos y hacia la abstención. El crecimiento de esta última permite explicar el fenómeno de unas ganancias aparentes sobre los votos expresados del PSOE o de IU acompañadas de pérdidas reales sobre el censo (sólo el Partido Popular resiste sin apenas crecimiento pero sin pérdidas la interrelación de movimientos electorales entre la abstención, la crisis centrista y la evolución al alza o a la baja de los distintos partidos de ámbito regional).

Naturalmente, éstos son comentarios muy esquemáticos referidos a las

elecciones municipales; pero podemos refugiarnos en este esquematismo gracias a la similitud de estas tendencias a las que se producen entre elecciones generales, lo cual nos evita muchas palabras. De hecho, estamos aplicando para las elecciones municipales los comentarios que podrían realizarse si se analizaran los resultados de 1979, 1982 y 1986 y, en un grado menor —e intentaremos explicar en la parte final del artículo el porqué de esta diferencia—, también los de 1989. Las elecciones locales parecen una foto, quizá algo movida, de las elecciones generales. Los factores nacionales actúan sobre la vida política local y ésta, a su vez, es un componente de la política nacional. No hay dos mundos electorales distintos, con dos lógicas centradas mutuamente en lo local y otra en lo estatal, sino dos momentos distintos que se influyen mutuamente.

CUADRO 10

Resultados electorales y porcentajes sobre votantes

	EG-79	EM-79	EG-82	EM-83	EG-86	EM-87	EG-89	EM-91
UCD	34,3	31,34	7,1	—	—	—	—	—
CDS	—	—	2,9	1,78	9,1	9,66	7,8	3,88
AP/PP	5,8	3,06	26,2	25,92	26,1	22,34	25,6	25,33
PSOE	30,0	27,90	48,4	42,71	44,3	36,74	39,2	38,31
PCE/IU	10,5	12,78	4,1	8,02	4,6	7,75	8,9	8,38
PTE	—	—	—	—	—	0,88	—	—
CiU	2,6	3,05	3,7	4,09	5,0	5,10	5,0	4,86
PNV	1,5	2,15	1,9	2,18	1,5	1,22	1,2	1,59
EA	—	—	—	—	—	1,05	0,6	0,69
PSA/PA	1,8	1,46	0,5	0,59	0,4	1,12	1,0	1,81
HB	0,9	0,98	1,0	0,84	1,1	1,21	1,0	1,05
ERC	0,7	0,61	0,6	0,45	0,4	0,38	0,4	0,49
EE	0,5	0,35	0,5	0,34	0,5	0,54	0,5	0,38
PAR	—	0,36	—	0,56	0,3	0,65	0,3	0,68
Otros	11,4	0,62	3,1	2,47	6,7	6,36	8,4	4,96
Independientes	—	15,26	—	9,98	—	4,90	—	7,59

(Los datos de 1987 incluyen en AP los votos de las listas independientes de PDP.)

Como puede verse en el cuadro 10, la estructura de las votaciones municipales tiene un elevado parecido con la de los resultados de las generales. Naturalmente, los resultados en sí mismos son distintos y los partidos estatales en conjunto pierden un promedio de unos siete puntos al compararse las elecciones parlamentarias y las de los ayuntamientos. Pérdida que, como hemos indicado anteriormente, se produce en beneficio de las candidaturas independientes, con lo que nos remite a lo que decíamos anteriormente al referirnos a éstas.

Ahora bien, estos siete puntos no son especialmente significativos si se tiene en cuenta que se distribuyen entre los distintos grupos sin modificar apenas la relación que se establece entre ellos en el momento de las elecciones generales. De hecho, los resultados de los partidos se inscriben en un contexto de continuidad entre uno y otro tipo de elección: continuidad en la que es posible apreciar que algunos partidos son algo más municipalistas que otros; pero en modo alguno que las divergencias sean tan notables que no puedan ni deban ponerse en relación.

De hecho, los desajustes entre unas y otras elecciones parece que se van corrigiendo progresivamente hasta llegar a un punto de práctica coincidencia para muchos partidos entre 1989 y 1991. Ello no es problema para el Partido Popular, que desde 1982 viene obteniendo el 25 ó 26 por 100 de los votos, con la única excepción de un 22 por 100 en las penúltimas municipales. Más evidente es el proceso de similitud progresiva en el caso del Partido Socialista.

El empuje de 1982, que le sirvió para situarse en el 48 por 100 en las generales, se traslada (aunque con pérdidas) a las siguientes municipales, en las que pasará de un 28 por 100 a cerca del 43 por 100. En las siguientes elecciones parlamentarias sube con respecto a las municipales pero desciende en comparación con la primera victoria socialista (48/42/44 por 100 para los años 82/83/86). Las elecciones de los ayuntamientos de 1987 reproducen este descenso (36 por 100); pero de nuevo 1989 supone un movimiento de pérdida en relación a las generales (44 y 39, respectivamente) y de recuperación respecto a las municipales (36 y 39 por 100 para una y otra). Finalmente, las últimas elecciones de 1991 igualan prácticamente el porcentaje de uno y otro tipo de elecciones; aunque sea todavía un poco más bajo el resultado local (39 y 38 por 100 para las dos últimas convocatorias).

Para el PSOE es visible este proceso de atracción mutua de los dos tipos de elecciones; para el PCE/IU la confluencia se produce, en cambio, como una resistencia de lo local que otorga al partido la posibilidad de superar la crisis de 1982. Ya en 1979, todavía con el sistema de partidos dominado por la presencia de la Unión de Centro Democrático, el PCE había manifestado una mejor presencia en las instituciones de gobierno locales. La crisis de 1982 repercute tanto en el plano parlamentario como en los consistorios (pérdidas de seis y cinco puntos, respectivamente); sin embargo, su 8 por 100 municipal duplica tanto en 1983 como en 1987 los resultados parlamentarios anteriores y le sirven como punto de apoyo para su crecimiento en las elecciones generales de 1989 (8,9 por 100), muy cercano al 8,3 por 100 que mantiene actualmente en los ayuntamientos.

El CDS suarista apenas despuntó en 1982 (3 por 100) y las siguientes municipales no auguraban mucho futuro a este partido (2 por 100); sin embargo, la convocatoria parlamentaria de 1986 le permite un crecimiento espectacular (9 por 100) que repercute inmediatamente en el plano local

(9,6 por 100). Sin embargo, su política de alianzas municipales, permitiendo primero los gobiernos socialistas para entregarlos después a los aliancistas, ha sido considerada de modo general la razón que explica un cambio de tendencia en las elecciones generales de 1989 (7,8 por 100), rápidamente reforzado en las locales de 1991 (3,8 por 100). En este caso, no existe —¿todavía?— una coincidencia numérica; pero seguramente es la demostración más clara de interrelación entre lo local y lo general al considerar los electores que la indefinición en las alianzas en cada ciudad era una demostración de las ambigüedades ideológicas y políticas del proyecto suarista.

Un comentario de la evolución de los resultados de los partidos autonómicos, aunque fuera breve, ocuparía mucho más espacio del que aquí es disponible y mucho más si tenemos en cuenta que, al menos en la estructuración de los electorados de Cataluña, País Vasco, Galicia y Andalucía, también habría que tomar en cuenta los resultados de las autonómicas por no coincidir su celebración con las locales. En todo caso, obsérvese en el cuadro 10 que para Convergència i Unió existe desde 1979 un crecimiento regular hasta alcanzar en 1986 el 5 por 100, mantenido con ligerísimos altibajos desde entonces se trate del tipo de elecciones de que se trate. Los resultados del PNV, en cambio, se ven altamente influidos por sus relaciones con la escisión Eusko Alkartasuna, lo que dificulta el comentario.

Hasta aquí estos apuntes sobre la evolución electoral de los partidos. Si nuestras interpretaciones son correctas, el mundo político local es menos fragmentado de lo que inicialmente sugeríamos, y las elecciones locales son una etapa para el reforzamiento del sistema de partidos estatal, tanto como las elecciones estatales son claves para entender la representación partidista en los ayuntamientos.

Con todo ello no pretendemos negar la existencia de diferencias concretas importantes entre elecciones y entre ciudades ni negar la utilidad de un análisis particularizado ciudad por ciudad, pueblo por pueblo; sin embargo, resalta el hecho de la profunda similitud que tienen las elecciones municipales con las elecciones generales anteriores o posteriores. No cabe hablar de un sistema de partidos local, a pesar de las diferencias señaladas; las pautas de comportamiento no son propias de cada municipio, sino que se han establecido de una forma nacional y, como indica el cuadro 11, los desplazamientos electorales se originan y consolidan en la interrelación entre convocatorias estatales y municipales.

Estamos ahora en condiciones de responder a las preguntas que nos hemos ido planteando a lo largo de este trabajo. Las elecciones locales, aunque respondan en determinados supuestos a particularidades de cada población, tienen tomadas en conjunto una lógica común.

Las candidaturas independientes no son tan importantes como para desequilibrar las relaciones de fuerza entre los grandes partidos. La abstención es explicable en parte por la relación que se establece con la previa

CUADRO 11

Evolución en porcentajes sobre censo electoral

	EG-79	EL-79	EG-82	EL-83	EG-86	EL-87	EG-89	EL-91
Abstención	31,7	37,37	19,8	32,33	29,6	30,87	30,08	37,75
AP/PP	4,0	1,92	20,6	17,54	18,0	15,44	17,93	15,77
UCD	23,5	19,63	5,4	—	—	—	—	—
CDS	—	—	2,2	1,20	6,3	6,68	5,48	2,41
PSOE	20,4	17,47	37,9	28,90	30,5	25,40	27,45	23,85
PCE/IU	7,2	8,00	3,0	5,42	3,2	5,35	6,28	5,22
CiU	1,8	1,91	2,8	2,77	3,5	3,52	3,49	3,02
PNV	1,0	1,35	1,5	1,47	1,0	0,84	0,86	0,99
Otros	10,4	12,35	6,8	10,37	7,9	11,90	8,43	10,99

convocatoria general. El cambio de sistema de partidos que se produjo en la convocatoria parlamentaria de 1982 modificó también profundamente el mapa político local y, desde entonces, las elecciones municipales son sólo pequeñas correcciones de las pautas estatales ya sea para anticipar o para consolidar los resultados de las generales.

Para la teoría electoral, todo ello implica que el fenómeno a explicar no es el fraccionamiento, la divergencia, el cantonalismo, lo que remitiría en último término a un proceso de «nacionalización» del voto del que nos encontraríamos en una fase inicial porque, como en otros aspectos, quizá aquí hemos saltado también etapas y hemos llegado al mismo punto de la evolución que han tenido otros países democráticos. De ahí se deduciría que convienen más las explicaciones basadas en el ciclo electoral que las que podrían realizarse a partir de la creencia en dos tipos de elecciones que responderían a lógicas muy diversas.

En efecto, ha señalado Parodi que las elecciones intermedias —es decir, aquellas que no conciernen a la distribución del poder nacional— deben enfocarse como un proceso de ajuste en relación a la elección nacional anterior; aunque combinando este principio con las fases de popularidad del gobierno («luna de miel» inicial, desilusión hacia el segundo o tercer año, desprestigio máximo hacia los dos tercios del mandato, recuperación e incerteza hacia el final del mandato). La combinación de estos criterios permite ordenar el tipo de campaña electoral —política o administrativa— y prefigurar los resultados¹³.

La aplicación de este esquema a nuestro caso permite afirmar la exacti-

¹³ J. L. PARODI, «Dans la logique des élections intermédiaires», en *Revue de Politique Parlementaire*, núm. 903, 1983 y «Une élection intermédiaire précoce», en Ph. Habert y C. Ysmal (dirs.), *Élections municipales 1989. Résultats, analyses et commentaires*, Le Figaro/Études Politiques, París, 1989. Téngase presente, en todo caso, la distinta cadencia electoral en Francia y España.

tud de uno de los supuestos y apuntar algunas pistas para enfocar los restantes. En efecto, las tres primeras elecciones municipales se produjeron a pocos meses de distancia de las elecciones generales, coincidiendo por tanto con el máximo de popularidad de las fuerzas vencedoras en éstas y contribuyeron notablemente a moldear los comportamientos electorales municipales. Aunque las ucronías están reñidas con la ciencia, cabe preguntarse si nuestra historia electoral hubiera sido la misma si en 1977 se hubieran producido elecciones municipales y las generales hubieran esperado hasta 1979. No parece aventurado afirmar que hubiera sido distinta la formación del sistema de partidos.

Las elecciones municipales de 1991 son las primeras que se han producido a suficiente distancia de las elecciones generales como para adquirir una autonomía propia a la que no es posible identificar, como hemos visto, con el puro localismo. Quizá sea la combinación de estos dos factores —autonomía sin localismo— la que permite apuntar que las últimas elecciones municipales han dejado de ser una segunda vuelta de la consulta nacional para convertirse en unas primarias, con la paradoja de poner a juicio de los electores no sólo la política del gobierno, sino también el funcionamiento global del sistema partidista y, en especial, la política de alianzas, que ha encontrado en el terreno municipal un ámbito propio y un laboratorio en el que intentar aproximaciones y rechazos.

Las municipales de 1991 serían, si esta hipótesis se confirma, unas primarias de las posteriores elecciones generales; pero unas primarias marcadas fuertemente por la evolución de los movimientos municipales de partidos y concejales, por el cambio de alianzas, por el transfugismo..., dando como resultado un aumento de la abstención y un castigo del partido centrista, identificado quizá con excesivo rigor como el máximo exponente de una cierta forma de ejercer la política.

Si el ámbito local hasta ahora había permanecido subordinado, quizá todavía podamos ver su revancha.

NOTAS DE INVESTIGACION